

François Noudelmann

Un Sartre muy distinto

Traducción de
Laura Claravall

ediciones del
subsuelo
Barcelona 2023

Título original: *Un tout autre Sartre*

© Éditions Gallimard, 2020

© de la traducción, Laura Claravall, 2023

© de esta edición **Ediciones del Subsuelo S.L.U. 2023**

c/ Nàpols, 282 5º 4ª - 08025 Barcelona

www.edicionesdelsubsuelo.com

ISBN: 978-84-126572-0-3

Depósito legal: B 3379-2023

Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Plaça Verdaguer, 1 – 08786 Capellades

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida por ningún medio sin el permiso por escrito del editor.

Índice

<i>Introducción: Un hombre de viento</i>	9
«La política me aburre»	21
<i>El comunismo</i>	24
<i>El anticolonialismo</i>	45
El penúltimo turista	64
<i>Vagabundear</i>	67
<i>Humor satírico y contemplación poética</i>	74
¿Sartre queer?	89
<i>Rosa o verde</i>	90
<i>Una extraña paternidad</i>	101
Cómo dejarse ir	126
<i>Las drogas</i>	126
<i>Los sueños</i>	146
En la piel de los otros	161
<i>Mi semejante, mi hermano</i>	162
<i>Sartre como perro</i>	172
Ser una música	180
<i>Escuchar</i>	181
<i>Cantar</i>	186
Otra política de la existencia	195
Agradecimientos	207

Introducción

Un hombre de viento

Los autores que amamos son también personajes. Stendhal no es menos personaje que Julien Sorel o Lucien Leuwen. A fuerza de frecuentar sus obras, los hemos dotado de una consistencia que los ha transformado en compañeros de vida. Creemos conocer sus pensamientos, sentimientos y sueños, hasta tal punto hemos integrado sus palabras y su existencia en la nuestra. Si en alguna ocasión descubrimos un retrato inadecuado de nuestro escritor preferido, no dudamos en convertirnos en justicieros para restablecer su «verdad» original, ya que nos ofende esta traición del modelo. Sin embargo, ¿qué sabemos de aquellos a quienes llamamos autores? ¿La cultura libresca basta para determinar su autenticidad? De manera paradójica, estas preguntas afloran cuando un escritor se ha expuesto particularmente en sus relatos autobiográficos y sus posicionamientos políticos. Tal es el caso de Sartre, defensor a ultranza de la transparencia, alguien que no cesaba de comentar sus procesos intelectuales y los encarnaba en una forma de vida. Conocemos esta trayectoria: en sus primeras novelas, el autor se representaba a sí mismo como un individuo desengañado, pero tras la experiencia de la guerra se convirtió en el teórico y especialista del compromiso. Probablemente, es el escritor y filósofo del siglo XX que suscita más discu-

siones encontradas. Su dedicación a la política contribuyó a crear la imagen de un pensador que se implicaba en los grandes problemas de su época, para lo mejor y para lo peor: ensalzado por aquellos que alaban su entrega a la causa de los más desfavorecidos de la tierra, es odiado por los que le reprochan su compromiso con el totalitarismo y el terrorismo.

Sartre fomentó este sesgo partidista con sus manifiestos por una literatura comprometida, exhortando a juzgar las obras desde un punto de vista político. Justo después de la Segunda Guerra Mundial, se produjo un cambio radical en su vida y en sus escritos, en favor de una implicación total en las luchas sociales y en los conflictos internacionales. Las guerras de Corea, de Argelia, de Vietnam, la revolución cubana, la húngara, el conflicto palestino-israelí, mayo del 68, el maoísmo... todo le interesa y le concierne. Esa misión del escritor lo llevó a un enfoque conminatorio de la literatura, según el cual todo es política y nada escapa de ella. No comprometerse es comprometerse a no comprometerse, según la retórica militante basada en un concepto absoluto de la libertad: «Ser libre es estar condenado a ser libre»,¹ afirmaba Sartre en *El ser y la nada*, es estar obligado a elegir y a definirse por las propias elecciones. No sorprende, pues, que el legado oficial del escritor se concentre en su devoción por la política, simbolizada en su fotografía más conocida, la que lo muestra subido a un bidón, en 1970, dirigiéndose a los obreros de las fábricas de Renault en Boulogne-Billancourt.

1. Sartre, *L'être et le néant*, París, Gallimard, 1943, p. 174. [Trad. cast., *El ser y la nada*, tr. Juan Valmar, Buenos Aires, Losada, 2016.]

Quienes están familiarizados con Sartre, quienes frecuentan sus textos más antiguos, como *Bosquejo de una teoría de las emociones*, o sus escritos menos conocidos sobre los pintores, o las descripciones fantasmagóricas de sus novelas, saben que el hombre no se limita a su teatro de tesis ni a sus interminables discusiones sobre el marxismo. Sin embargo, les resulta difícil escapar del discurso que el propio Sartre sostenía sobre su trayectoria intelectual y existencial. Pocas veces un autor ha comentado tan prolijamente sus evoluciones, sus renunciaciones y transformaciones. Con su autobiografía y sus múltiples conversaciones, Sartre dio todas las claves para comprenderlo, disponiendo su vida en secuencias con las que ofrece su inteligibilidad dialéctica. Si los lectores se preguntan acerca de su paso del individualismo al pensamiento colectivo, de la fenomenología a la antropología, de la novela al teatro... encuentran todas las explicaciones en un rebobinado retrospectivo que Sartre propone para cada etapa de su existencia.

Este relato lineal y esas revoluciones lógicas esconden sin embargo algunas brechas, algunas derrotas y escapadas que contradicen la continuidad biográfica. Aunque llevo varias décadas analizando la obra de Sartre, no fue hasta hace poco cuando descubrí una de estas disonancias gracias a un vídeo que lo mostraba intentando descifrar una partitura de Chopin. La intuición de un Sartre muy distinto me llevó a investigar esa vida paralela al piano y su romanticismo reprimido que simultaneaba con sus actividades políticas. A raíz de ese estudio, otras «dobles vidas» aparecieron, no tanto sus amoríos, reconocidos, con diversas compañeras, sino unas vidas menos públicas y, a menudo, contradictorias con el relato ofi-

cial. El placer de viajar como un simple turista, el de cantar, de hacer el payaso, la tentación de la fantasía y lo imaginario, el hastío de la política, la languidez de la depresión y el deseo de rehuir lo social contradicen la leyenda del escritor comprometido. Sartre parece estar más cerca de Stendhal que de Marx.

Los documentos sobre Sartre, muy voluminosos, nos reservan todavía muchas sorpresas, particularmente acerca de su relación con la política. En diversas cartas reconoce que se siente obligado a encargarse de una misión, la de apoyar a los humillados, y que asume con esfuerzo el deber de proferir regularmente un grito de indignación. Incluso confiesa que le gustaría dedicarse a otra cosa, a la ociosidad, al arte, a lo novelesco. «¡Abran paso a la literatura liberada!», declara en 1952, en plena movilización contra la intervención americana en Corea. ¿Una *boutade*? Sin embargo, esta queja se repite con regularidad hasta llegar al hastío por la política. ¿Creía Sartre en sus luchas? Por supuesto, el tiempo que les dedicó y la virulencia que demostraba dan fe de un gran compromiso. Pero ¿se reconocía plenamente en lo que decía? ¿Interpretaba un papel durante la época de sus compromisos más extremos, cuando denunciaba los crímenes de guerra o apoyaba actos terroristas? Deberíamos siempre preguntarnos por el aspecto psíquico de las ideas y admitir que un sujeto que escribe no es forzosamente idéntico a su yo social ni a su yo íntimo, ya se trate de literatura o de filosofía. Si lo aceptamos en el caso de los escritores, ¿por qué nos sorprende con los teóricos? La necesidad de creer en la coherencia y la sinceridad de los pensadores nos impide posiblemente admitir esos yo múltiples, fluctuantes o divididos. «Hay que estar hecho de

barro pero yo estoy hecho de viento»,² anotó Sartre en sus cuadernos en 1940. Prisionero en Alemania, cada día escribía todo lo que le pasaba por la cabeza, sin control; todavía no había concebido su moral del compromiso. La hipótesis iconoclasta que seguiremos en este libro es que Sartre calzó suelas de plomo para contrarrestar su ligereza innata.

Ninguna biografía, ni siquiera la más documentada, da cuenta de estos contratiempos e incoherencias. La cronología da una ilusión de continuidad temporal y ordena las etapas aplastando todo aquello que no encaja con el desarrollo de los acontecimientos objetivos. El escritor crece como las plantas representadas por las antiguas ciencias naturales, que creían en la preformación de los organismos: la vida hace eclosionar el germen ya presente desde el origen, y los botánicos del pensamiento rastrear retrospectivamente la evolución. Este tipo de relato no tiene en cuenta los accidentes, los encuentros, las circunstancias, las oportunidades, las vidas no vividas, los abismos no verbales que desafían la cohesión general. No sólo existe un horizonte de posibilidades para el individuo Sartre antes de decidir sus elecciones con las que forjará su personalidad,³ sino que esta multitud también se vive en el presen-

2. Sartre, *Les carnets de la drôle de guerre*, París, Gallimard, 1995, p. 539. [Trad. cast., *Cuadernos de guerra*, tr. Joaquín Sempere, Barcelona, Edhasa, 1987.]

3. Annie Cohen-Solal, biógrafa de Sartre, valora precisamente la multiplicidad de aquel que se definía, cuando era un joven estudiante, como «mil Sócrates», y subraya la autorrepresentación del autor, que tiene la sensación de participar en una obra de teatro para interpretar el papel de su propia vida, convirtiéndose en un solo Sócrates. Cf. Annie Cohen-Solal, *Sartre. 1905-1980*, París, Gallimard, 1985, p. 85. [Trad. cast., *Sartre. 1905-1980*, tr. Agustín López Tobajas y Christine Monot, Barcelona, Edhasa, 1989.]

te de una vida dividida, véase escindida. Diversos Sartre conviven en uno solo, fuera de él y con él. Por ello, el investigador no debe dejarse engañar por el discurso del yo sobre sí mismo, ni hacerse ilusiones sobre su coherencia, por mucho que esta se teorice filosóficamente. En sus monografías de Baudelaire, Genet y Flaubert, Sartre elaboró un método que le permitía relacionar todos los elementos de una vida con una elección original, que él denominó psicoanálisis existencial. Pero no hay por qué ser sartriano para analizar a Sartre, ni retomar una aspiración hegeliana y totalizadora que se remonta a siglos anteriores. Así, nos resistiremos a la tentación de la interpretación y a la síntesis retrospectiva que confirma una hipótesis ordenando lógicamente los escritos y los actos de una vida. Sustituiremos este itinerario lineal por las tangentes y las capas de afectos, los callejones sin salida y la depresión de los terrenos difusos. Sartre escribió que se entra en la vida de los otros como en un molino,⁴ sin previo aviso, para salir con la clave que permitirá comprender. De este molino, seguiremos el movimiento de las aspas y el viento que las hace girar en lugar de fijarnos en el mecanismo que lo mueve.

Puesto que, a pesar de todo, hay que elegir un camino para entrar en la vida de un autor, la estrategia de dar un paso al lado puede resultar fructífera. Consiste en pensar lateralmente, por relación, y a seguir a un individuo a través de su entorno, de los ámbitos gracias a los cuales se han abierto perspectivas inesperadas, de las personas con las que el sujeto ha

4. En francés, «entrer comme dans un moulin» significa «entrar como Pedro por su casa». (*N. de la T.*)

tomado una dirección insospechada. Introducir un poco de epigenética para comprender las vidas permite esquivar la causalidad unívoca y mostrar las transformaciones oportunas y los cambios progresivos provocados por el entorno. ¿Sartre habría sido fenomenólogo si Raymond Aron no le hubiera hablado de Husserl y no lo hubiera guiado hasta Berlín? Y si no hubiera conocido a Jean Genet o a Frantz Fanon ¿habría reflexionado acerca del Mal y se habría comprometido con tanta vehemencia contra la colonización? ¿Habría escrito sus obras de teatro si no hubiera frecuentado a sacerdotes en un campo de prisioneros tras el desastre de junio de 1940? ¿Habría controlado tanto su trayectoria filosófica sin sus constantes conversaciones con Simone de Beauvoir? Se podría sustituir una historia de las ideas o de las escuelas por una «historia de las relaciones». De este modo, se presentaría la vida/pensamiento de Sartre a partir de los dúos que formó: con Paul Nizan, con Michelle Vian, con Benny Lévy y tantos otros, reales o imaginarios como Tintoretto o Flaubert. Numerosas relaciones de camaradería y vías alternativas desvían la trayectoria unívoca de una vida pública, incluso la que intencionadamente construyó el autor.

De entre los habituales de Sartre, Arlette Elkaïm mantuvo con él una relación excepcional que, gracias a los documentos que ella dejó,⁵ nos permite ahora adentrarnos en pistas inesperadas para comprender mejor la personalidad del escritor. Aun-

5. Arlette Elkaïm-Sartre me permitió consultarlos —correspondencia privada, archivos en audio y vídeo—. Pude grabar su testimonio en una serie de conversaciones, que emitió parcialmente France Culture, en «À voix nue», a lo largo de cinco programas, del 3 al 7 de junio de 2013.

que ocupó un lugar singular, no formó parte de los «amores contingentes» que la pareja Sartre-Beauvoir se permitían. A diferencia de las mujeres conocidas o clandestinas, francesas, americanas, rusas, brasileñas, japonesas o griegas, Arlette no encarnó una «doble vida» de Sartre, sino otra forma de vivir. Su encuentro, al que, sociológicamente, nada predisponía, culminó en una adopción; en 1964, Arlette Elkaïm se convirtió en la hija del escritor y en la heredera de su obra. Ocupa un lugar central y al mismo tiempo paralelo: central, porque todos los documentos de Sartre pasaban por ella y porque conocía todos los manuscritos, tanto de las obras publicadas como de las inéditas, entre ellas, una voluminosa correspondencia; paralelo, por su extrema discreción, que la mantuvo al margen de la vida social y ofreció así a Sartre un refugio de la vida pública. Es cierto que la relación de Arlette con Beauvoir y otros allegados de la «familia» sartriana que reivindicaban su autoridad fue a veces conflictiva, pero estos problemas se debieron a las habituales disputas por la herencia. Arlette Elkaïm confirmó su papel discreto haciéndose olvidar, optando por trabajar en la sombra para editar las obras del gran hombre. Su afectuosa relación con Sartre quedó ligada muy pronto al trabajo intelectual, como cuando acompañó sus proyectos cinematográficos, particularmente el guion para John Huston, o cuando transcribió las sesiones del Tribunal Russell durante la guerra de Vietnam. También compartió con el escritor algunos mundos estancos como la música, los viajes turísticos y el imaginario de los sueños.

Siguiendo esta pista a la vez documental y existencial, intentaremos descubrir y analizar a un Sartre muy distinto, ligero,

soñador, risueño, y ver cómo gestionaba las responsabilidades morales y políticas que no dejó de asumir en su vida «comprometida». El paso a un lado que dio gracias a Arlette Elkaïm le da acceso a una existencia al margen del curso de la Historia y, a veces, incluso opuesta a ella. Es más, esta relación revela otra política de la existencia, distinta de la gran política con sus declaraciones, sus profesiones de fe y sus principios universales que marcaron el compromiso sartriano. Deja entrever la tensión entre comprometerse y desentenderse, entre los deberes por un lado y los deseos por el otro, los fantasmas, los miedos que indican una lucha interior contra tendencias psicóticas. Esta ambivalencia demuestra un equilibrio inestable entre un yo que se busca, se rehúye, y los acuerdos necesarios con los demás, los conceptos, la ley moral. Arlette se mantuvo a un lado, observando las vidas públicas y las íntimas de Sartre, y viendo con lucidez los excesos, los malestares, las tretas del gran hombre con la política, las mujeres y con su propia imagen. Una mirada atenta a su escritura permite descifrar en algunos de sus textos —manifiestos, prólogos, artículos en *Les Temps Modernes...*— un estilo algo forzado, una postura que revela que, a veces, Sartre no era totalmente él mismo, que se obligaba a cumplir un contrato. Este tono, que requiere un oído distinto, no se produce tan a menudo en sus obras de filosofía. Sin embargo, el compromiso con las ideas no debe entenderse al pie de la letra. Un pensador no siempre comulga con todo lo que piensa.

La ligereza y la opacidad de Sartre contradicen el retrato que se ha impuesto en la transmisión de su obra y de sus ideas. ¿Son la prueba de un defecto, sugieren determinada disposi-

ción o una manera de ser? Son pocos los filósofos que han elogiado estas características, ya que se contraponen al trabajo, a la transparencia, a la seriedad, a la responsabilidad frente a los males del mundo y a la angustia de la existencia. Nietzsche, reacio a la gravedad de los metafísicos, alabó la ligereza del ser humano, aunque es dudoso que él mismo la experimentara. Culpable a los ojos de los virtuosos, la ligereza se asocia a lo fútil, a la despreocupación, a lo superficial, lo opuesto a la profunda impronta que los filósofos quieren dejar con sus conceptos. Por su parte, la opacidad se relaciona con lo abstruso y contraviene el deber de iluminación y claridad que se impone al pensamiento. Sartre era ligero y, al mismo tiempo, se avergonzaba de serlo, de tal modo que se lo reprochaba constantemente e intentaba mostrar su compromiso con la Moral. Las descripciones que nos ofrece de su infancia con Anne-Marie, su madre, nos lo muestran haciendo piruetas, bailando y jugando, intentando escapar de la rectitud protestante de su abuelo Schweitzer mediante el piano, ir al cine, leer novelas. Su relación de juventud con Paul Nizan permite adivinar una amistad que se alimenta tanto de conversaciones filosóficas como de paseos por los puentes de París. El distanciamiento de los dos amigos se produjo por la falta de compromiso de Sartre, quien no quería unirse a las causas políticas de Nizan, algo de lo que posteriormente se arrepintió, oficialmente. En su trilogía *Los caminos de la libertad*, explica que su concepción de la libertad como indiferencia era errónea y que había comprendido, como simboliza la evolución de sus personajes, que hay que hacer frente al mundo. En otro tiempo ligero, reacio al deber y a la seriedad que encarnaban los hombres de su familia —su abuelo y su detes-

tado padrastra—, Sartre se convirtió a la política justo después de la guerra, por lo que su vida parece partida en dos.⁶ Sin embargo, no renunció a vivir su ligereza, ciertamente en actividades menos públicas, aunque con la misma dedicación, de tal forma que se operaba una escisión entre la vida militante y la vivida de forma clandestina. Comediante, experimentador, deseando una continua renovación, atrapado en el aburrimiento y la depresión, Sartre era opaco, ambiguo y múltiple.

Este retrato iconoclasta de Sartre pretende no tanto contradecir la leyenda cuanto matizar la visión retrospectiva y pedagógica de un itinerario racional gobernado por la política. El acceso a una documentación inédita, formada por miles de páginas de correspondencia, un centenar de horas de audio, decenas de filmaciones privadas, permite confirmar la personalidad escindida del pensador. Posiblemente podremos seguir leyendo sus obras sin tener en cuenta estas informaciones sorprendentes, y la crítica autodenominada internalista cerrará los ojos y los oídos para comentar sólo los textos, únicamente los textos. Aunque esta lectura es legítima, ignora sin embargo el proceso del pensamiento que no se limita a una argumentación lógica. El propio Sartre afirmaba que las nociones más abstractas se alimentan de la materia del tiempo,

6. «La guerra partió verdaderamente mi vida en dos. [...] Fue entonces, se puede decir, cuando pasé del individualismo y del individuo puro de la preguerra a lo social, al socialismo. Este ha sido el verdadero giro de mi vida: antes, después.» (Sartre, «Autoportrait à soixante-dix ans», con Michel Contat, en *Situations X*, París, Gallimard, 1976, p. 180.) [Trad. cast., *Autorretrato a los setenta años*, tr. Julio Schwartzman, Buenos Aires, Ed. Losada, 1977.]

de los afectos, de lo imaginario que penetra en la reflexión. Rechazando la distinción entre vida pública y vida privada, Sartre y Simone de Beauvoir desafiaban la mojigatería burguesa; ambos hablaron libremente, y a menudo con mucha crudeza, de su sexualidad, de su relación con el dinero, con la comida, con la decadencia de sus cuerpos enfermos. Esta «transparencia» no debe considerarse la verdad definitiva, pero invita a investigar sin cortapisas la vida en sus distintas realidades. Que a Sartre le gustara el pato a la sangre tiene poco interés, salvo si esta preferencia se vincula con su concepción del animal. Que interpretara música romántica, aunque dijera que despreciaba a los oyentes sentimentales, que confesara su hastío de la política precisamente cuando su compromiso era más furibundo, son cosas que mueven a preguntarse, sin juzgar, sobre las contradicciones y escisiones del individuo. Los caminos alternativos que tomó Sartre no han dejado todavía de sorprendernos.